



VIVIR LAS OBRAS DE MISERICORDIA EN EL SENO DE LA FAMILIA

He elegido como tema para desarrollar el vivir las obras de misericordia en el seno de la familia, que es algo que quizás no estamos muy acostumbrados. Somos misioneros de la familia. Nuestra gran misión no solo está en la sociedad, nuestra primera misión está en el seno de la familia, no olvidemos esto nunca. A un sacerdote se le encomienda una porción del pueblo de Dios, que es su parroquia en primer lugar y a un matrimonio católico, su primera porción que se le encomienda, es su familia. Obviamente, esa familia se va expandiendo y entiende que su visión es más amplia. Por lo tanto, quisiera que concretásemos nuestra misión en la familia dejándonos iluminar por las obras de misericordia.

Generalmente las obras de misericordia las solemos referir hacia fuera, *ad extra*. Así, cuando Mateo 25 dice: «porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba enfermo y me visitasteis», casi siempre las obras de misericordia las pensamos *ad extra*. Pero me parece que es una clave muy interesante ver si estas obras de misericordia que hemos aprendido en el catecismo —¿las recordáis?, siete obras de misericordia corporales y siete espirituales— también se aplican dentro, en el seno de la familia, por aquello que dice el refrán: «la caridad bien entendida comienza por casa».

Vamos a ello. No sé si conocen una película de la cual yo estoy enamorado, una película que habla de la vivencia de las obras de misericordia; me refiero a *Little Boy*, de Eduardo Verástegui, que creo que es una joya de película, en mi opinión de las mejores películas que yo he visto en mi vida. En ella se hace una reflexión sobre cómo las obras de misericordia acontecen en nuestra vida. Nosotros vivimos en gran medida de la misericordia, y la primera misericordia que hemos recibido ha sido el amor inmerecido, el amor gratuito, absolutamente gratuito, del que hemos sido objetos en el seno de la familia. Tenemos un riesgo de pensar que el amor que yo recibo de la familia es un amor debido, ese «se me debe», y el que reciba fuera, en la calle, en la vida, «bueno, ese ya es un amor gratuito». No, también el amor que yo recibo en el seno de la familia, aunque sea de otra forma, también es un amor gratuito, es un amor de misericordia. Por ello voy a desarrollar en esta charla esta reflexión: vivir las obras de misericordia en el seno de la familia. Y voy a comenzar desgranando las obras de misericordia espirituales y luego las corporales, y aplicándolos a la vida de la familia.

Recuerdo las siete obras de misericordia espirituales, las aprendimos en el catecismo y es una buena manera de refrescarlas: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con

paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por vivos y difuntos. ¿Cómo se aplica esto en la familia? Vayamos a ello.

Enseñar al que no sabe. Nosotros somos un instrumento para que nuestros hijos y para que nuestro matrimonio se abra al conocimiento de la verdad. Tenemos una vocación al conocimiento de la verdad. Enseñar al que no sabe es darse cuenta de que hemos recibido la llamada a educar en la verdad en el seno de la familia. Las grandes verdades las hemos conocido en el seno de la familia, las grandes certezas las hemos recibido ahí.

Yo me he dado cuenta ahora, en este momento de mi vida, que cuando uno intenta echar mano de ejemplos, de acontecimientos de su vida que te dejaron marcado en esas grandes convicciones que tienes, enseguida descubres —y cada vez me pasa más; siendo joven igual no me pasaba tanto, pero en este momento me doy cuenta— que las grandes convicciones de mi vida se me transmitieron en el seno de la familia. Ahora me acuerdo, por ejemplo, cómo cuando con nuestro difunto padre estábamos en la huerta cultivando los tomates, ahí se ponían unos palos clavados en la tierra, él me decía: «Fíjate cómo el tomate, para que pueda crecer, hay que irle atando con unas cuerdas para que suba hacia arriba y no se estropee. Si tú le dejas así, le dejas desarrollarse por sí misma, lo que hace es que se pudre, no llegan a crecer. Hay que sujetarla al palo». Me decía: «Mira cómo hay que atarla al palo para que crezca hacia arriba, y los tomates se oreen y cojan y tomen el sol». Así pasa en nuestra vida, también tenemos que sujetarnos a nosotros mismos, tenemos que tener ese ejercicio de mortificación. Recuerdo a mi padre explicándome algo como eso mientras que plantábamos los tomates. Y la verdad es que al final te das cuenta de que las grandes verdades que has recibido en el seno de la familia son tus principales convicciones.

Y no me estoy refiriendo a alguna opción que hacen algunas familias, que es muy respetable, a la opción del *homeschooling*, de educar plenamente en casa, que también eso es legítimo, por supuesto, sino me estoy refiriendo a que incluso la transmisión del hábito de disciplina para poder estudiar, también se recibe en el seno de la familia. En la familia no solo se nos enseña, sino que se nos enseña a aprender, aprender a aprender. Y eso también afecta al matrimonio, porque las habilidades y conocimientos que tenemos en esta vida son complementarios. Los matrimonios en su saber, en sus habilidades, son complementarios. Es importante estar abiertos para que haya trasvase de conocimientos y de habilidades en el seno del matrimonio, no solo hacia nuestros hijos, también entre nosotros. Así, esta es la primera obra de misericordia espiritual: enseñar al que no sabe.

La segunda: dar buen consejo al que lo necesita. En una educación equilibrada tiene que haber un tránsito entre ir pasando de dar órdenes, mandatos, a dar consejos. Lógicamente, en un primer momento, como es lógico, a nuestros niños pequeños no se les da tantos consejos, sino que se les ordenan las cosas. Pero si esa educación va siendo equilibrada, van pasando los años y cada vez más pasamos de darles órdenes, mandatos, a darles consejos, porque les estamos ayudando a crecer en la capacidad de discernir por ellos mismos, haciendo enseñar a decidir poco a poco. De los mandatos pasamos a los consejos, llega un día, si la educación ha ido por el buen camino, en que incluso los padres te piden consejo a ti, en que los padres ya llegan a pedir consejo a unos hijos maduros, porque se ha madurado la confianza entre nosotros. Por eso creo que también esto es un aspecto que tenemos que vivirlo en el seno de la familia: dar

buen consejo al que lo necesita, saber aconsejarnos, ayudarnos a discernir, a discernir olvidándonos de la lucha por el poder, sino aprendiendo a aconsejar.

En tercer lugar, corregir al que yerra. La familia es el lugar natural de la corrección. Es difícil ver que la corrección fraterna se haga fuera de la familia; generalmente, fuera de la familia no se corrige, lo que se hace es criticar por la espalda. Pero en la familia no se critica por la espalda, en la familia se corrige. La familia es modelo de corrección porque, precisamente como amamos, nos corregimos. Una corrección es un consejo que está dispuesto a contrariar, que está dispuesto a incomodar por su bien. Una corrección es una expresión de caridad que supera el amor complaciente, porque a veces podemos caer en tener meramente un amor complaciente, en decirle al otro lo que no le incomode, lo que quiere oír; eso no es un verdadero amor. Como decía, fuera de la familia es difícil encontrar esa verdadera corrección fraterna. ¿Nos amamos lo suficiente para corregirnos?, el Señor sí nos pide en el Evangelio corregir al que yerra. ¿Nos amamos lo suficiente para corregirnos y no criticarnos?, en el seno de la familia tenemos que examinar, evaluar, si la corrección se hace debidamente en forma, porque también existe en este momento el mal de la familia permisiva, que tiene como meta suprema el no conflicto. Entonces no digamos nada que pueda incomodar y cada uno que haga lo que le dé la gana, que es un modelo de familia permisiva en el que se ha renunciado a la corrección. Y también existe, al mismo tiempo que una familia permisiva, incluso a veces no es un modelo distinto, sino que hay familias que son en momentos determinados permisivos y en otros momentos, cuando han perdido los nervios, entonces en esas familias desestructuradas se pasa a ser más bien opresivo. No corregirlo con caridad, sino siendo agresivo, que no tiene nada que ver ser agresivo con ejercer la corrección fraterna. Obra de misericordia, corregir al que yerra, que tenemos que practicar en el seno de la familia.

En cuarto lugar, cuarta obra de misericordia: perdonar las injurias. En el seno de la familia se nos enseña a pedir perdón y a perdonar, que son dos cosas, son dos caras de una misma moneda: pedir perdón y perdonar. La primera, pedir perdón, supone superar el orgullo; y la segunda, perdonar, supone superar el rencor. Superar el orgullo pidiendo perdón, superar el rencor perdonando; ambas cosas se aprenden en el seno de la familia. En el fondo es repetir lo que han hecho conmigo: ¿cuántas veces hemos sido gratuitamente perdonados?, ¿cuántas veces se nos ha dado una nueva oportunidad en el seno de la familia?. En el seno de la familia eso de setenta veces siete. ¿Cuántas veces tengo que perdonar? ¿Cuántas veces lo hemos vivido?, repite lo que has recibido; de la familia gratis lo has recibido, dalo gratis. Por lo tanto, en el seno de la familia es importante que seamos educados en el reconocimiento de la gratitud; la mejor forma de educarnos en el perdón es el reconocimiento de la gratitud. Hay una relación muy grande entre superar el rencor y tener gratitud. El que es rencoroso olvida muy fácil los bienes que ha recibido, y no termina de olvidar nunca las ofensas de las que ha sido objeto. Por el contrario, el que es agradecido olvida fácil los males que ha recibido, y con lo que se queda, lo que permanece en él, es la gratitud por lo bueno que ha recibido. Perdonar las injurias, educarnos en el seno de la familia a hacerlo.

Quinta obra de misericordia: consolar al triste. Yo creo que esto hace referencia a la importancia de la educación de nuestros estados de ánimo. La educación de los estados de ánimo principalmente hay que hacerla en el seno de la familia. Los estados de ánimo muy fluctuantes, que a veces conviven dentro de nosotros como si fuese algo que yo no soy capaz de controlar, es como si viniese una nube y entonces nos

viniésemos abajo, y todo lo vemos negro, todo lo vemos de una manera pesimista, y luego estamos esperando a que nuestro estado de ánimo cambie y como que se vayan las nubes y salga el sol. Vivir en esa fluctuación de que sean los estados de ánimo los que se adueñen de nosotros es un gran problema. La mortificación que más le agrada a Dios es la mortificación de nuestros estados de ánimo, el que uno no se deje arrastrar como si fuese algo que no tiene ninguna capacidad de educar sus estados de ánimo. Sí, Dios nos ha dado una voluntad, un entendimiento capaz de desenmascarar que yo, en un momento determinado, por ejemplo, tengo un estado de ánimo triste, que estoy siendo tentado, que no hay razón para mi tristeza, que no hay razón para este estado anímico que estoy viviendo, en el cual estoy dejando de ser consciente de los dones de Dios. La mortificación que más le agrada a Dios es la de nuestros estados de ánimo. Y para ello, para que esto sea posible, tenemos que educar en el seno de la familia a tener esa resiliencia de la cual hoy en día se habla tanto; es decir, esa relativización de las contrariedades sin venimos abajo por los reveses de la vida. Tener resortes para afrontar las contrariedades de la vida sin que nos dejen quebrados interiormente. Consolar al triste, por lo tanto, no se trata... de una especie de discurso que lo que hace es alimentar el victimismo: «¡Ay, pobrecito mío, pobrecito mío!». A ver, eso igual no es consolar al triste, porque el «pobrecito mío, pobrecito mío» en el fondo lo que hace es alimentar un victimismo que no le educa precisamente a sobreponerse a sus estados de ánimo. Qué importante es esto.

Permitirme una anécdota. No sé si conocen ustedes *El divino impaciente* de Pemán, de un poeta español, que él en *El divino impaciente* representó la vida de Ignacio de Loyola y de Francisco Javier. Y hay un episodio en el que se está trasladando cómo el corazón de Francisco Javier estaba deseando ir a misiones, pero no quería ser él el que lo pidiese, porque quería que viniese por mandato del superior, Ignacio de Loyola, para buscar la voluntad de Dios y que no fuese su capricho. Y un día, Ignacio de Loyola, leyendo, intuyendo que Francisco Javier estaba deseando ser misionero y que sería un gran misionero —de hecho es el patrono de las misiones—, le dice: «¿Iráis tú hasta los confines de la tierra para anunciar el Evangelio?», y Francisco Javier, que estaba deseando escuchar eso, gritó de alegría: «¡Sí, iré, daré mi vida, desgastaré hasta mi última energía, derramaré hasta la última gota de sangre!», el hombre entusiasmado. Entonces, Ignacio de Loyola en esa obra de Pemán le dice: «Bueno, Javier, un poquito menos, un poquito menos». Y entonces él, dándose cuenta de que había sido un poco presuntuoso, que se había dejado llevar por su entusiasmo, se viene un poco abajo y dice: «Es verdad, porque no valgo nada, porque soy un pecador, porque no...», y entonces Ignacio le dice: «Un poquito más, un poquito más». Entonces, entre ese un poquito menos y un poquito más, esa es la educación de nuestros estados de ánimo; eso es clave en ese consolar al triste y moderar al eufórico, tan importante que estamos llamados a realizar en el seno de nuestra familia. En el matrimonio, obviamente, tenemos que respetar nuestros ritmos ayudándonos también a superar los altibajos de la vida, que los tenemos en el seno del matrimonio. Y hay que saber hacerlo: ¿cómo puedo yo ayudar a mi esposo, a mi esposa, a ayudarle a superar sus altibajos anímicos de manera que no condicionen nuestra vida familiar?

Sexta obra de misericordia, esta que viene es gorda: sufrir con paciencia los defectos del prójimo, que por cierto puede parecer contradictoria con la que decía corregir al que yerra. Y alguno dirá: «Bueno, ¿y cómo se compagina eso de corregir al que yerra y sufrir con paciencia los defectos del prójimo?, ¿cuándo toca corregir y cuándo toca aguantar con paciencia?». La verdad es que también la corrección hay que hacerla con paciencia. Tenemos que tener un equilibrio entre los altos ideales y nuestra paciencia,

que se tienen que dosificar con un verdadero discernimiento, porque lo importante es que la corrección se haga no dependiendo de mi estado interior, sino de la conveniencia de la persona a la que corrijo. A veces nosotros corregimos o no corregimos depende de cómo estoy yo. Como se dice en España; no sé si aquí se dice así, pero en España se dice: «ya se me han hinchado las narices». Entonces ya me pongo a corregir. A ver, eso no es una corrección, eso es un desahogo. La verdadera corrección es la que sabe sopesar y discernir la oportunidad del cuándo y el cómo. Y por eso la verdadera corrección tiene que integrar también la paciencia; la paciencia en saber que nuestra educación requiere la llegada de momentos de gracia para poder dar más pasos en la vida. Tener paciencia entre nosotros, el ser conscientes de que no es nuestro voluntarismo el que puede hacer cambiar las cosas, sino que existe un designio de Dios en el crecimiento de las personas en el que tenemos que ser capaces de discernir cuándo han llegado los momentos de gracia para una persona para poderle pedir más pasos en su vida.

Y por último,—de acuerdo: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo necesita, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia los defectos del prójimo—, nos queda la última: rogar a Dios por vivos y difuntos. Rogar a Dios por vivos y difuntos. Esta séptima obra de misericordia es la que nos descubre a la familia como escuela de oración. Aprendemos en la familia a orar, y una manera muy principal de aprender a orar en el seno de la familia es orar por los difuntos de la familia. La importancia de guardar la memoria de los aniversarios de nuestros difuntos, de los aniversarios de las bodas o de los grandes acontecimientos de la vida de la familia. Guardar memoria de la tradición acontecida en nuestra familia, guardar incluso registro, tener conciencia de que somos lo que somos porque nos hemos podido subir sobre los hombros de los que nos han precedido. Importante educar en la oración por los difuntos.

Bien, pero decía que las obras de misericordia no son solo las espirituales, también son las corporales. ¿Recordáis las siete obras corporales? Visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, redimir al cautivo, enterrar a los muertos. Y también vamos a hacer un repaso de cómo esas obras de misericordia también acontecen en el seno de la familia.

Visitar a los enfermos. La familia es el lugar en el que todo se ordena en torno al débil, en torno al que está enfermo. Si en el seno de la familia alguien está enfermo, o si en el seno de la familia alguien tiene una discapacidad, en la familia no se aplica la ley del más fuerte; no, en la familia nos acompasamos, cambiamos nuestros planes, cambiamos nuestras prioridades. Eso es maravilloso y eso, además, en la familia se llega a hacer de una forma natural. Cuando hay un hijo que por lo que fuere tiene una debilidad, le decimos a sus hermanos: «cuida de tu hermano pequeño, cuida de tu hermano, es más débil, haz de él el centro principal de tu ocupación y de tu atención». Y eso es maravilloso, es aprender a descubrir el rostro de Cristo en quien está en una situación de debilidad.

Hoy en día me van a permitir que diga esto: estamos en un riesgo cuando, por ejemplo, hay una persona mayor, anciana, en el seno de la familia. A veces le vas a visitar, llevar la comunión, y te dice: «Ay, a mí me gustaría... yo a Dios le pido que me lleve de esta vida sin dar trabajo a mis hijos o a mis nietos, yo no quisiera darles trabajo, que Dios me lleve sin que me tengan que asistir». Yo les digo: «No piense así, usted no piense así.

Si su familia tiene que cuidarle, usted está sin saberlo haciendo una gran misericordia hacia su familia; les está ayudando a salvar sus almas, les está ayudando a poner en el centro de su vida lo esencial, lo que es el amor, les está ayudando a superar su egoísmo». Si alguien tiene que ser cuidado en una familia, lejos de ser percibido que «estoy siendo un peso, una carga para los demás», no está siendo una carga para los demás. Algún día entenderemos que fue un gran regalo el que centrásemos nuestra familia en alguien más débil, y eso nos preservó de mucha frivolidad, eso nos preservó de muchas tentaciones. Cuando nos veamos en Dios, en Su visión, comprenderemos cómo ha sido nuestra vida, llegaremos a decir: «¡Benditos enfermos a los cuales tuvimos que acompañar el ritmo de nuestra familia y nos enseñaron qué es lo sustancial: amar y ser amados! Nos enseñaron cuál es el valor fundamental: amar y ser amados».

Dice la segunda obra de misericordia, además de visitar a los enfermos: dar de comer al hambriento. Bien, yo ya sé que eso no hace falta decirle a una madre y a un padre, que está encantada de ver que sus hijos tienen apetito, etcétera. Pero aquí hay otra aplicación: educar en comer. Educar en comer bien, y aprender a comer de todo es la primera acción para educar la voluntad; no sé si somos suficientemente conscientes de ello. Yo recuerdo con una conciencia muy clara cómo nuestros padres nos educaron en la comida desde muy pequeños, a aprender a comer de todo, y no valía eso de «es que esto me gusta y eso no me gusta». No, perdón, uno aprende a comer de todo y educa su gusto. Recuerdo en mi infancia que alguna noche salía castigado a la huerta por no querer comer, enseguida, cuando soplaba el viento y se movían los árboles y era de noche, yo tocaba la puerta y ahí entraba yo rápidamente a comer lo que fuese necesario. Y agradezco infinitamente a mis padres que fuesen exigentes en esto porque, obviamente, el gusto se puede educar. Ahora me veo yo un día como hoy en un restaurante, y cada vez que hago eso me río de mí mismo, pidiendo alcachofas o cosas que cuando fui pequeño tuvieron mis padres una batalla conmigo porque no quería comer eso, y ahora lo pido yo. Al final, cómo es la vida. Pero esa batalla la libraron tus padres haciendo que en nuestra vida lo que prevalezca no sean mis ganas, mis apetencias, sino haciendo que la voluntad tenga un señorío sobre nosotros mismos, el señorío de la voluntad. Los gustos son reconducibles, los gustos son educables. Una de las desgracias más grandes que tenemos en la pedagogía de nuestros días es cómo nos condiciona eso de: «es que no me apetece, es que no me gusta, es que no me da la gana». Fijaros bien que esa batalla se empieza a librar desde el primer momento también con la educación en el comer en el seno de la familia. Es mucho lo que nos jugamos en esas pequeñas batallas. Posiblemente la primera batalla de hoy en día comienza siendo la de la comida; la segunda, la del móvil. Ya vamos concatenando batallas en las que podemos ir perdiendo el señorío. Si esas batallas no las damos, al final somos esclavos de nuestras ganas, de nuestra apetencia. Cuando un adolescente sumamente rebelde dice: «yo hago lo que me da la gana», sí, tú haces lo que te dicta ese dictador que se llama tus ganas, que te tiene esclavizado y que es capaz de dominarte anulando tu voluntad, literalmente. Por eso creo que esa educación en el comer es también una obra de misericordia, lo cual supone también pasar malos momentos, porque es verdad, se pasan malos momentos.

Cogiendo el avión haciendo este viaje, me fijé que a mi derecha había un matrimonio con una niña muy pequeña que tendría un año o poco más de un año. Yo decía, madre mía, veía cómo el matrimonio recurría a ese móvil, a ese *smartphone*, como si fuese un canguro, alguien que le entretuviese a esa niña. Y mientras que estaba con el móvil encendido, estaba asegurada su tranquilidad; pero en el momento en que le

quitaban el móvil, comenzaban los problemas. Yo decía, aquí tenemos un problema: entregar un móvil como si fuese una especie de sedante, un sedante a un niño con un año, dos años, es un verdadero problema.

Visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento. Cuánto sufrimiento hay en nuestras familias por la bebida. Se habla mucho de violencia, la violencia de los hogares, y se pretende hacer una lectura ideológica: el machismo es el causante. Bueno, a ver, muchísimas veces lo que genera estas actitudes machistas es el alcohol; vamos a ser claros, es el alcohol el que tiene la capacidad de sacar lo peor de nosotros mismos. El alcohol, incluso en una medida en la que uno puede engañarse a sí mismo pensando que no tiene problema, afecta a su forma de hablar, a su forma de discernir, reduce su autoridad moral. Es capaz, como he dicho, de sacar lo peor de nosotros mismos. Esto es algo muy serio, en el que, por cierto, perdemos completamente la autoridad moral para poder también transmitirles a nuestros hijos un ideal en el que las drogas no tengan lugar en nuestra vida. Es impresionante ver lo que está ocurriendo en Estados Unidos. En España hemos visto algunos reportajes de lo que acontece en las calles de Filadelfia, con esa nueva droga que se ha introducido del fentanilo. Es increíble que eso pueda llegar a estar ocurriendo en un país tan sumamente deseado, un país que es la meca a la que quisieran acudir todos aquellos que buscan progreso. Es curioso qué gran fracaso en esa falta de templanza. La virtud de la templanza es la que modera nuestra tendencia a buscar el placer inmediato, bien sea en la bebida, bien sea en el buscar el placer inmediato. Dios nos dio una voluntad para que vivamos el señorío de la libertad de los hijos de Dios.

Nunca en este mundo se ha reivindicado tanto la libertad y nunca hemos sido tan esclavos y adictos. Es así: nunca hemos sido tan esclavos y adictos como el momento presente. Estamos construyendo una sociedad de adictos, de esclavos que piensan que son libres. Pero claro, la esclavitud que se está generando —la esclavitud a la adicción a la pornografía, la esclavitud al alcohol, la esclavitud a determinadas drogas—, toda esa esclavitud acontece de manera que alguien no percibe su esclavitud. La esclavitud más desarrollada, la más consolidada, es aquella en la que se consigue que el esclavo sienta placer en serlo. Claro, si tú consigues que el esclavo sienta placer en ser esclavo, entonces lo tienes dominado. Claro, una cosa es que tengas un esclavo que le hagas remar en galeras y que le estés pegando con un látigo; ese esclavo en cuanto que pueda se va a escapar porque sabe que es esclavo. Pero si el esclavo en el fondo se piensa que los grilletes son pulseras y no percibe su esclavitud, entonces estamos perdidos. La esclavitud más consolidada es aquella en la que se consigue que el esclavo sienta placer en ser esclavo, y este es nuestro drama. Por eso es tan importante que hagamos de la familia un espacio en la que se lucha por la virtud de la templanza y nos percatamos de que toda adicción es un recorte a nuestra libertad. Cada vez que descubrimos que estamos adictos a esto, al móvil, a mis hábitos de vida, a que a mí no me cambien en mis costumbres, mis horarios; cada vez que descubrimos que estamos atrapados por una adicción que tiene muchas formas, creo que tenemos que dar una batalla para recuperar el espacio de libertad.

Seguimos adelante porque decimos que las obras de misericordia corporales son visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento; cuarto lugar: dar posada al peregrino. Nuestro modelo de familia no es un modelo de familia blindada, sino que es un modelo de familia con puertas abiertas, con discernimiento. Y qué gran bien percibe una familia cuando tiene esa dimensión acogedora, cuando acoge a un

misionero. Por ejemplo, nosotros recientemente hemos estado en las Jornadas Mundiales de la Juventud en Lisboa, y la verdad es que es impresionante ver a las familias acogedoras que abren sus hogares a los peregrinos; te conmueve. Educarnos de esa manera con una familia de puertas abiertas nos ayuda a superar nuestras rarezas, porque a veces somos unos raros: uno se blindo y se convierte en un raro. Ser acogedor, ser alguien de puertas abiertas nos ayuda a tener la capacidad de diálogo y de encuentro con el mundo. Imagínate que en una Navidad tus padres sientan a un pobre en la mesa; eso a un hijo le puede cambiar la vida. Es educar en que los bienes nos han sido dados no solo para nosotros mismos, que no nos poseemos en propiedad, sino que somos un regalo, un milagro de amor, y un milagro de amor que estamos llamados a compartir.

Quinta obra de misericordia: vestir al desnudo. La importancia de la educación en el vestir, la importancia de la sencillez frente a un estilo de moda en el vestir que está cultivando los complejos de mi imagen, de cómo me ven, si gusto o no gusto continuamente, con un problema de autoestima muy obvio y evidente: «necesito gustar a los demás para valorarme a mí mismo». Que en el seno de la familia seamos capaces de superarnos ese narcisismo que es tan predominante en nuestra cultura; que en el seno de la familia introduzcamos la sencillez, la austeridad, el compartir hasta la misma ropa. Entender que no tenemos un problema con nuestra imagen, que somos lo que somos para Dios y no lo que somos para los demás; somos no lo que digan los demás de nosotros, lo que tengan que decir, somos lo que Dios piensa de nosotros. Llegar a introducir eso es importantísimo y para eso creo que nos tenemos que continuamente examinar, reflexionando hasta qué punto incluso nuestra manera de vestir y nuestra manera de mostrarnos delante de los demás está encerrando un narcisismo. Uno ve las redes sociales y a veces, por ejemplo, ese exhibicionismo de que eso es el reino del *selfie* narcisista: por aquí y venga por allá, y dice: «¿no tienes nada más que mostrar al mundo que tu sonrisa de pose artificial?». Creo que todo ello está unido a esta educación en nuestra propia autoestima; por eso es importantísimo la sencillez, por eso es importantísimo que se aprenda a compartir la ropa, que Dios nos dé esa gracia.

Sexta obra de misericordia: redimir al cautivo. ¿Y esto cómo lo aplicamos en la familia? La familia obviamente no es una prisión, pero en la familia también existen momentos en los que hay que reprender y tiene que haber un castigo; el momento puede acontecer en nuestra familia, tendrá que haber también momentos en los que se aborden los problemas graves también de esa manera. Y es importante que cuando tengamos que recurrir a la corrección y al castigo correctivo seamos capaces de hacerlo sin acritud, sin crueldad, con coherencia, desligando la corrección del cabreo. Porque a veces uno está enfadado y entonces confunde la corrección con su enfado, buscando castigos que no sean una humillación, que sean esperanzadores, que sean consensuados. Porque es cierto que a veces no terminamos de ser conscientes de qué importante es que el matrimonio esté conjugado. Ocurre a veces que cuando hay problemas en el seno del matrimonio con los hijos, especialmente el maligno se quiere servir de esa situación para que el matrimonio se divida: «¿Ves tú? Ya te dije yo que... yo no lo hubiese hecho así, ahora mira esto, ¿sabes?». A veces los problemas son utilizados por el maligno para dividirnos, cuando lo cierto es que debería de ser exactamente al revés: ante los problemas, unión plena; ante los problemas, todavía entre nosotros tenemos que salir con una convicción más compartida comprometiéndonos a ser un solo corazón y una sola alma. Los hijos no necesitan un súper papá y una súper mamá; no, necesitan un papá y una mamá que, aunque no sean súper, se quieran mucho y estén unidos. Eso es clave: que no existan entre ellos

divergencias para aquello de «en cada momento me agarro a uno, me agarro al otro, y en cada momento hago lo que lo que me conviene manipulando la falta de comunión de mis padres», la cual yo percibo y la voy manipulando. Tan importante es que en esas correcciones que hacemos en el seno de nuestra familia haya unión. Como también es importante que eduquemos a nuestros hijos que, cuando uno de sus hermanos está siendo corregido o ha sido castigado, les corriamos, les eduquemos en que jamás se debe de hacer leña del árbol caído —no sé si aquí se utiliza ese refrán, no hagáis leña del árbol caído—. Si alguien está en un momento en el que ha sido corregido, qué importante es que esa reprensión vaya acompañada también de la expresión del amor incondicional que tenemos hacia la persona que ha sido corregida.

Y por último, repito los siete porque es un regalo de Dios el que podamos aplicar estas obras de misericordia: visitar a los enfermos, dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, dar posada al peregrino, vestir al desnudo, redimir al cautivo, enterrar a los muertos. Qué importante es que hagamos también del momento de la muerte una gran pedagogía en el seno de la familia. Yo no sé lo que está pasando aquí, pero veo que en Europa, en España, en el momento en que el abuelo fallece, a los niños pequeños se les quita y se les lleva a otro lugar para que no sean testigos de nada. Y me parece una expresión perfecta de la cobardía, de que no es capaz de dar una esperanza a un niño. Porque el problema no lo tiene el niño, el problema lo tienes tú que no sabes qué decirle. El problema no lo tiene el niño, es tu problema porque eres incapaz de darle un sentido de esperanza.

La muerte es un momento en el que nuestra transmisión de valores hacia nuestros hijos, y en el seno del matrimonio también, alcanza un momento cumbre, culminante. Por desgracia, vivimos la paradoja de que en este mundo uno está viendo películas continuamente en la que en cada película habrán muerto cientos, miles de personas de una manera virtual e irreal; pero luego resulta que en la vida concreta y real nadie se hace la pregunta de «¿yo voy a morir?», nadie se hace esa pregunta.

Saben ustedes una de las cosas que yo más recuerdo de la educación recibida de niño o de adolescente: recuerdo que cuando rezábamos por la noche la familia, nuestro padre añadía un Padre Nuestro «para que toda la familia nos juntemos en el cielo». Padre Nuestro que estás en el cielo... y claro, eso era algo muy importante. Que tu padre diariamente rezase para que toda la familia se junte en el cielo, eso marca las cosas, marca el rumbo, marca a dónde vamos en el viaje.

Ayer llegué de España. En el viaje vi la película de “*Mirando al cielo*”, la vida esa de Joselito que se ha producido, y dije: «Bueno, es que el título de la película es perfecto». Es que en esta vida, cuando uno sabe a dónde va, ya será capaz de ver cómo lo hace; pero el problema está si no sabes a dónde vas. No hay viento propicio para el que no sabe a dónde se dirige su velero, claro, eso es un problema. ¿Cuál es el viento propicio si no sé a dónde voy?, no tengo ni idea. Pero cuando uno sabe a dónde va, entonces conforma el resto de los acontecimientos de su vida en función de que me lleve a ese destino. Entonces creo que es clave que el momento de los fallecimientos en el seno de nuestra familia sean vividos como un momento cumbre, culminante en el que una familia da a luz para la vida eterna. Mis padres me dieron la fe y ahora a mí me toca ponerlos en manos de Dios, confiando y esperando que nuestro encuentro sea definitivo, que ese Padre Nuestro que rezamos diariamente para que toda la familia se junte en el cielo, se vea plenamente culminado.

Es muy importante que demos una educación de esperanza cristiana. Esta es nuestra meta, todo lo demás es secundario. Es tan importante saber qué es lo principal. Lo más importante en esta vida es que lo más importante sea lo más importante, claro. Porque vosotros veréis, es que de lo contrario, si tenemos unos convencimientos que en teoría son los principales, pero luego los dejamos en segundo, tercer lugar, es que no hemos hecho nada.

Y os deseo de todo corazón, en este deseo de que vivamos como misioneros de la familia, que nuestra primera misión sea *ad intra* para que también podamos ser misioneros *ad extra*, *ad intra* para poder ser *ad extra*. Y os invito a que esa aplicación de las obras de misericordia sea también realizada con detenimiento, con cuidado, en el seno de nuestras familias.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Bien, muchísimas gracias.